LO BUENO DE LAS FLORES ES QUE SE MARCHITAN PRONTO

(Una cola formada por seis personas que esperan algo. de distinto sexo, edad y condición. La última es un hombre de unos 40 años, bien trajeado, que lleva un bolso de colores chillones. Fuma con cierta ansiedad, mira inquieto a uno y otro lado, consulta su reloj. Llega una mujer joven unos 25 años-vestida con un traje de noche bastante atrevido; lleva un monedero de lentejuelas y le falta un zapato. Se coloca en la cola, con aire ausente, detrás del hombre. Este apenas repara en ella. Transcurre un tiempo. Llega un viejo con un gran ramo de flores que empiezan a languidecer. El viejo tiene hipo, lo cual provoca algunas miradas y risitas burlonas en la fila, solo el hombre y la joven parecen ignorarle. La joven sale bruscamente de su ausencia e interpela al hombre.)

JOVEN: ¿Cómo dice?

HOMBRE: ¿Qué?

JOVEN: Perdone: no le escuchaba.

HOMBRE: ¿A mí?

JOVEN: Estaba distraída. Perdone.

HOMBRE: No comprendo...

JOVEN: ¿Qué me decía?

HOMBRE: ¿Yo?

JOVEN: Sí… estaba distraída.

HOMBRE: No le decía nada.

JOVEN: Últimamente me ocurre a menudo.

HOMBRE: No le decía nada.

Joven: ¿Qué?

HOMBRE: Perdona, pero yo…

JOVEN: ¿No me decía nada, está seguro?

HOMBRE: ¿Qué?

JOVEN: Eso también me ocurre. Y es peor...

HOMBRE: No comprendo…

JOVEN: Perdone, no me haga caso. No quería molestarle.

HOMBRE: No importa. *(Mira hacia los lados y consulta su reloj)*

JOVEN: Le ruego que me disculpe.

HOMBRE: No importa. *(Saca un cigarrillo y lo enciende)*

(Hay un silencio. la joven se "ausenta". El viejo tiene un hipo especialmente sonoro. Risitas en los demás miembros de la fila.)

JOVEN: *(Tras un silencio, sin salir de su ensimismamiento)*. Lo bueno de las flores es que se marchitan pronto...

(El hombre la mira un momento, pero no dice nada. Consulta inquieto su reloj.)

JOVEN: *(AL HOMBRE)* ¿No le parece?

HOMBRE: ¿Qué?

JOVEN: Las flores, que se marchitan pronto.

HOMBRE: *(Vagamente)* Sí...

JOVEN: Y es lo bueno que tienen. *(El hombre ni la mira)* ¿No le parece?

HOMBRE: ¿Qué?

JOVEN: La naturaleza es muy sabia.

HOMBRE: *(Vagamente)* Sí...

JOVEN: En cambio, las personas somos estúpidas. Queremos que todo dure eternamente. Deberíamos aprender de la naturaleza, ya que, en cierto, modo, formamos parte de ella. Pero no aprendemos. No aprendemos nunca de nada. *(Sin transición).* ¿Qué hora es?

HOMBRE: ¿Cómo?

JOVEN: ¿Puede decirme la hora? *(El hombre mira su reloj, pero ella le interrumpe con un gesto)*. No importa, gracias. Seguro que es demasiado pronto. Siempre es demasiado pronto para mí. Llego a los sitios demasiado pronto, me voy demasiado pronto… ¿A usted no le pasa?

HOMBRE: A veces.

JOVEN: ¿De verdad? ¿Y qué hace entonces?

HOMBRE: *(Molesto)* No sé…

JOVEN: Seguro que no se desespera, que no se hace reproches, que no se dedica a pedir disculpas a todo el mundo… ¿Verdad que no?

HOMBRE: Perdona, pero yo no…

JOVEN: No, no, por favor… Perdóneme usted. No tengo derecho a molestarle con mis problemas personales. Al fin y al cabo, soy una desconocida para usted, alguien que ha aparecido a su lado por casualidad… y eso no me autoriza para imponerle mi compañía ni mi conversación ni mi... *(Su voz se ahoga en su sollozo y se cubre la boca con la mano)*

(La gente de la fila, excepto el viejo, mira a la joven, que trata de reprimir el llanto, y al hombre, que lo advierte y parece cada vez más incómodo.)

HOMBRE: *(Por aliviar la tensión)* ¿Le… le ocurre algo?

JOVEN: *(Súbitamente irritada)* ¿Qué si me ocurre algo? No, señor: no me ocurre nada. Nunca me ocurre nada. Ese es el problema. Que siempre me anticipo con la esperanza de estar allí cuando algo ocurra, pero resulta que es demasiado pronto. Esta noche, por ejemplo…

(Entra una mujer de mediana edad, con aspecto de ama de casa, llevando una bolsa de la compra. Se coloca en la fila a continuación del viejo. La joven se interrumpe y comienza nerviosamente a buscar algo en su monedero. El hombre se desentiende de ella y vuelve a mirar a los lados con preocupación. Del bolso de la joven comienzan a caer monedas que ruedan por el suelo. La gente de la fila las mira, pero nadie se mueve. Finalmente cae un llavero. La joven se inmoviliza y lo mira fijamente. Luego mira al hombre, que nota la mirada de la joven, mira el llavero y, por último, la gente de la fila, que al momento desvía la vista y finge no prestar atención. El hombre, por fin, se agacha, recoge el llavero y se lo ofrece a la joven.)

HOMBRE: Es suyo esto, ¿no?

JOVEN: *(Sin tomar el llavero)* ¿Esto?

HOMBRE: Sí. El llavero. Se le ha caído.

JOVEN: ¿A mí? ¿Ese llavero?

HOMBRE: Sí. Del bolso, me parece…

JOVEN: No creo…

HOMBRE: Bueno, yo creo que…

JOVEN: Esas no son mis llaves, estoy segura. Mis llaves son más… Bueno, es un poco difícil de explicar. O quizás no. Es fácil de explicar, pero difícil de entender. Como todo, en mi vida. Y no es que sea una persona complicada, no. Al contrario. Es muy sencillo lo que le pido a la vida. Pero hay momentos en que todo se complica, ¿no cree? Momento en que todas las puertas se cierran y no hay llave que pueda abrirlas. O al revés, que quizás es peor. Momentos en que todas las puertas están abiertas y entonces, ¿cómo cerrarlas? No sé si me explico…

HOMBRE: *(Impaciente)* Así que no son suyas…

JOVEN: ¿Qué?

HOMBRE: Las llaves… ¿Son suyas o no? *(Se las muestra.)*

JOVEN: *(Mirándolas)* ¿Mías? No creo…

HOMBRE: Está bien. *(Arroja las llaves al suelo y da la espalda a la joven)*

(El viejo tiene un hipo particularmente sonoro, que sobresalta al ama de casa y causa hilaridad reprimida a los demás componentes de la fila. La joven, avergonzada, sala de la fila y va a recoger las llaves, bajo la mirada súbitamente severa de los demás, excepto del hombre, que se enciende un nuevo cigarrillo. En cuclillas, la joven se demora extremadamente con su acción de coger las llaves y guardarlas en su monedero, con una lentitud fuera de lo normal. Al concluirla y sin cambiar de posición, habla evidentemente para el hombre, aunque mira frente a sí.)

JOVEN: Entonces, ¿cómo cerrarlas? ¿Cómo cerrarlas, di, sin quedarte dentro para siempre? Y entretanto, afuera, la ciudad crece. Crece como un cáncer. Y nadie parece preocuparse, nadie parece tener miedo. Es horrible, pero es así... *(Mientras la joven habla, los cinco primeros componentes de la fila van a ir saliendo, uno a uno, con breves intervalos. el hombre mira a un lado ya otro y consulta su reloj. el viejo permanece inmóvil, con la mirada perdida, sacudido esporádicamente por el hipo. el ama de casa mira alternativamente a la joven y al hombre, sin expresión alguna)* La gente sale de sus casas, se pierde en la ciudad, y luego vuelve a entrar, como si nada. Como si fuera natural. Tú has salido de tu casa esta mañana, sin duda, y volverás a entrar, estoy segura. Más pronto o más tarde, volverás a entrar. Como si fuera natural, como si no tuvieras miedo. Así es la jornada de la gente. Y mientras, el cáncer crece sin que nadie parezca preocuparse. Lo llaman ciudad, y nadie parece tener miedo. Las puertas se abren y se cierran, se abren y se cierran como si fuera natural. Nadie sale demasiado pronto ni entra demasiado tarde. Todos están, a su debido tiempo, allí donde ocurre lo que tiene que ocurrir. Y cuando tiene que ocurrir, ocurre. Sencillamente. Como si fuera natural. Y lo llaman ciudad, y crece, y nadie parece preocuparse. Creen que todo dura eternamente y nadie parece tener miedo. Nadie aprende nunca nada. Queremos que todo dure eternamente. Pero no aprendemos. No aprendemos nunca nada. Eso es lo bueno de las flores: que se marchitan pronto.

(Ha salido el quinto componente de la fila, el hombre mira a la joven y se acerca a ella.)

HOMBRE: ¿Puede hacerme un favor?

JOVEN: *(Incorporándose vivamente)* ¿Qué?

HOMBRE: Perdone… ¿La he asustado?

JOVEN: ¿Asustarme? No, no…

HOMBRE: ¿Podría hacerme un favor?

JOVEN: Sí, naturalmente.

HOMBRE: Tengo que hacer una llamada. Es muy urgente. *(Le muestra el bolso de colores chillones)* ¿Podría guardarme esto un momento, mientras telefoneo? Es solo un momento *(Señala fuera de escena).* Allí hay una cabina.

JOVEN: Claro, con mucho gusto.

HOMBRE: *(Dándole el bolso)* No tardo nada, ya le digo. Es… una llamada urgente.

JOVEN: No se preocupe. Vaya usted.

HOMBRE: Gracias. Solo un momento. *(Va a salir)*

JOVEN: ¡Oiga!

HOMBRE: *(Deteniéndose)* ¿Qué?

JOVEN: No funciona.

HOMBRE: ¿Cómo dice?

JOVEN: Esa cabina. Que no funciona.

HOMBRE: ¿No?

JOVEN: Me pasé una hora intentando llamar.

HOMBRE: Vaya… ¿Cuándo?

JOVEN: Ahora… Antes. Antes de venir aquí.

HOMBRE: Vaya… ¿No funciona?

JOVEN: No. Estoy segura.

HOMBRE: Entonces…

JOVEN: Pero hay otra tres calles más allá.

HOMBRE: ¿Sí?

JOVEN: Sí, tres calles.

HOMBRE: Tres calles… ¿Y funciona?

JOVEN: Sí. Esa sí. Por fin pude llamar. Claro que también fue inútil, porque no había nadie. O no quisieron ponerse. También podría ser. ¿No le parece? La gente es tan rara…

HOMBRE: Sí, claro…

JOVEN: ¿Y por qué no se lleva el bolso?

HOMBRE: ¿Cómo?

JOVEN: El bolso. No pesa nada. ¿Por qué no se lo lleva?

HOMBRE: El bolso, sí…

JOVEN: No pesa nada. Podría ir a llamar con el bolso. ¿Por qué no?

HOMBRE: Desde luego.

JOVEN: ¿Entonces?

HOMBRE: Entonces, ¿qué?

JOVEN: ¿Por qué quiere que se lo guarde yo? No es que me moleste, qué va… Pero es… un poco raro, ¿no?

HOMBRE: ¿Raro?

JOVEN: Sí, raro.

HOMBRE: ¿Qué le pida guardarme el bolso?

JOVEN: Sí.

HOMBRE: ¿Le parece raro?

JOVEN: Podría llevarlo con usted. No pesa anda.

HOMBRE: Eso es verdad.

JOVEN: Al fin y al cabo, usted no me conoce. Podría irme de aquí llevándome su bolso.

HOMBRE: ¿Por qué?

JOVEN: ¿Por qué, qué?

HOMBRE: ¿Por qué se lo iba a llevar?

JOVEN: Podría hacerlo, ¿no?

El viejo, ya sin hipo, y el ama de casa siguen el diálogo con mucho interés.

HOMBRE: Claro que podría… pero no tiene ningún valor.

JOVEN: ¿Y yo cómo lo sé?

HOMBRE: ¿Que no tiene ningún valor?

JOVEN: Sí. ¿Cómo lo sé yo?

HOMBRE: Se lo estoy diciendo.

JOVEN: Quiero decir antes.

HOMBRE: ¿Cuándo?

JOVEN: Antes de que me lo dijera, yo no sabía que no tenía ningún valor. E incluso ahora, ¿por qué tendría que creerle? Puede haber una fortuna aquí dentro.

HOMBRE: ¿Y por qué iba yo a dejarle el bolso a una desconocida, si hubiera dentro una fortuna?

JOVEN: Por eso digo que es un poco raro…

HOMBRE: ¡Pero es que dentro no hay ninguna fortuna! No tiene ningún valor, ya se lo he dicho.

JOVEN: Pero yo no lo sabía cuando…

HOMBRE: Está bien: démelo. Iré a llamar con él.

JOVEN: Non, no… De ningún modo. Si estoy encantada de guardárselo. Es… lo primero que alguien me pide en muchos meses.

HOMBRE: Entonces, ¿por qué tantas… reticencias?

JOVEN: No son reticencias. Lo que pasa es…

HOMBRE: No importa, no importa. Me lo llevo. *(Trata de coger el bolso)*

JOVEN: *(Reteniéndolo)* No, no… Ya le digo que estoy encantada…

HOMBRE: Démelo, por favor.

JOVEN: No, por favor.

HOMBRE: Tengo mucha prisa. Es una llamada urgente.

JOVEN: Vaya usted. Yo le guardo el bolso con mucho gusto.

HOMBRE: ¿Quiere devolverme mi bolso, por favor?

JOVEN: *(Apretándolo contra su pecho)* Se lo guardo, se lo guardo…

HOMBRE: No, gracias. Podría usted llevárselo.

(El viejo y el ama de casa comentan el diálogo con cuchicheos.)

JOVEN: ¿Llevármelo, yo? ¿Por qué?

HOMBRE: Por la fortuna que hay dentro.

JOVEN: No hay ninguna fortuna.

HOMBRE: ¿Está segura?

JOVEN: Usted me lo ha dicho. No tiene ningún valor.

HOMBRE: Pero usted no lo sabe.

JOVEN: Eso era antes. Ahora lo sé. Usted me lo ha dicho.

HOMBRE: ¿Y por qué tendría que creerme?

JOVEN: Le creo, le creo. Se lo juro.

HOMBRE: Estoy perdiendo un tiempo precioso. Esa llamada es… vital para mí.

JOVEN: Pues no pierda más tiempo. Vaya usted a llamar. Yo lo espero aquí, con el bolso, el tiempo que haga falta. Todo el día, incluso. Y la noche también, si es preciso. No tengo nada que hacer. Nadie me espera. Todas las puertas están cerradas para mí... O abiertas, que es peor. Nadie me espera. Sólo yo espero. Siempre. Llego demasiado pronto a todas partes, y siempre tengo que esperar. Me visto como para una fiesta, ¿ve?, y la fiesta no ha empezado todavía. No ha llegado ningún invitado, no hay nada dispuesto, nada preparado. Ni siquiera es seguro que vaya a haber una fiesta. No han pensado siquiera

en mi fiesta. Llamo por teléfono... y no contesta nadie. ¿Es que no hay nadie... o que no quieren ponerse? Entonces siento vergüenza. ¿A usted no le pasa?

(Hay un silencio. El hombre y la joven se miran. El viejo ofrece el ramo de flores marchitas al ama de casa, que lo acepta ruborizada. Al dejar en el suelo la bolsa de la compra para coger el ramo, esta se vuelca y ruedan por el suelo frutas diversas, patatas, cebollas... como de un prosaico cuerno de la abundancia. Silenciosamente entran uno a uno, por donde salieron, los cinco componentes de la fila. Llevan en la mano un papel que leen sin entender. Se colocan en la misma posición en que estaban, pero orientados hacia el lado opuesto. El hombre consulta su reloj, saca el último cigarrillo, arruga el paquete y lo tira al suelo. No encuentra el encendedor. La joven saca uno de su monedero y le da lumbre. El hombre da una profunda, voluptuosa calada y observa la forma del humo en el aire. Parece sumamente aliviado, libre de la anterior inquietud. Habla lentamente, con una leve sonrisa en el tono de su voz.)

HOMBRE: No voy a telefonear. Esa llamada no era vital para mí. Era mortal. Y quiero vivir un poco más. No mucho. Sólo lo justo. Hasta que las flores se acaben de marchitar. No más. Pero tampoco menos. Gracias… ¿Qué pasó con su zapato?

(Siguen mirándose. El ama de casa da al viejo un beso en la mejilla. Este reacciona con un sonoro hipo. Nadie ríe en la fila.)

TELÓN